



¿QUIÉN?

Por Fr. Mariano Di Vito

¡“... et incarnatus est”, “... y se encarnó”!

Lo hemos llamado de mil maneras: Dios, Alah, el Altísimo. El Totalmente otro, el Absoluto, OM... ¡Sólo la fe cristiana le ha dado un nombre: Jesucristo, nacido de una mujer, la Virgen María de Nazaret!

Éste es el anuncio más grande y sublime que jamás haya sido hecho a los hombres. Alguien desde allí “arriba” ha bajado y se ha hecho uno de nosotros.

La voz de un Dios amigo del hombre vuelve a ser definitivamente oíble y la también espléndida icona metafórica de Dios que, a los primordios de la historia humana “paseaba” con el hombre en el jardín del Edén, en Oriente (Gen. 3,8), en Jesús es realidad, y se vuelve el “hecho”, el evento central y portante de toda la historia.

Uno de los interrogantes que al mismo tiempo fascinaban e inquietaban a los grandes teólogos medievales, entre los cuales San Buenaventura, era exáctamente “¿cur Deus homo?”, ¿porqué Dios se ha hecho hombre?. Ellos apoyándose sobre la grande y granífica profesión de fe de los Padres, y antes que nada de la Palabra de Dios, partían de la indiscutible existencia de Dios, creador del universo y juez de la historia.

Muchos hombres del tiempo moderno y, como se dice hoy, posmodernos, han intentado por todos los medios de eliminar lo trascendente y, con ello Dios, desde el horizonte interpretativo de sí mismos y del mundo. El hombre sería capaz de encontrar el sentido de sí

mismo, de la historia y del universo sin necesidad de un gancho trascendente, y menos aún de la fe en una “Presencia”, que de vez en vez ha sido juzgada como algo que estorba, absurda, enemiga o, como mínimo inútil.

Sin embargo, mientras vivamos en una época en la cual el hombre pretende edificar su vida a espaldas de Dios, como si no tuviese nada que decirle, desde las más suntuosas y solemnes catedrales a las más pobres capillas diseminadas por el mundo, en estos días dedicados a la celebración de la Navidad de Jesús, se eleva, cálida y optimista, la voz de otros hombres y mujeres que confiesan y acogen el don de Dios cercano, amigo de los hombres, que se ha vuelto para siempre nuestro hermano de carne y de sangre, discreto e inseparable nuestro compañero de viaje.

Sólo por “gratuidad”, respondía San Buenaventura a la pregunta de antes: Dios nos ha amado desde siempre y en su Hijo Jesús nos ha demostrado cómo solamente Dios puede ir más allá de todos los límites volviéndose, Él el Altísimo, debilidad, fragilidad, incluso pecado y maldición, como audazmente se expresa San Pablo, sólo para darnos de nuevo esplendor y gracia: “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros...” “Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros (Gal 3,13; 2Cor.5,21).

En el Niño de Belén, en el rostro del Maestro y del Crucificado-Resucitado, estamos llamados a reconocer exáctamente este Dios que, co-

mo ha subrayado Benedicto XVI en la homilía en la dedicación de la Sagrada Familia de Barcelona, es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de constrictión, de misericordia y no de discordia.

Es entonces Padre amoroso y Espíritu confortante el Dios único que se nos ha revelado, en la fragilidad de la naturaleza humana, del Hijo Jesús en el cual creemos y esperamos y del cual, como Iglesia, tenemos que mostrar al mundo el rostro que es amor y es el único que puede responder al aliento de plenitud del hombre.

El Padre Pío se derretía en llantos violentos y cálidas lágrimas sólo pensando en aquel “¿Quién?": ¿Quién está entre mis manos cuando consagro el pan y el vino? ¿Quién es aquel Niño que pongo a la veneración del pueblo de Dios? ¿Quién es aquel Jesús en cuyo Nombre perdono los pecados, libro a los hombres del lazo del maligno y abro sus corazones a la esperanza?...¿Quién es quien me está transformando y conformando a su cuerpo llagado?

Las lágrimas y la conmoción en el Padre Pío eran sólo el signo externo de su profunda e interior acogida al don inefable del Hijo de Dios hecho hombre, por el cual se consumía cotidianamente hasta el agotamiento de sus fuerzas al servicio de los hermanos.

Felices Navidades tendrá que significar también para nosotros, cristianos de hoy y devotos del Padre Pío, pararse gratos y valientes delante de aquel Niño. ¡Nosotros sabemos Quién es Él! ■